

Efrén Piña Rivera ■

Sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia. Estudios de maestría en Agroecología y desarrollo rural sostenible en la Universidad Internacional de Andalucía (España), y en Análisis político y relaciones internacionales del convenio Ciencias Po. Universidad Externado de Colombia y Ministerio de Relaciones Exteriores. En la actualidad es profesor del área de Sociología en la Universidad Autónoma de Colombia. • ambrosio1@hotmail.com

El progreso y el surgimiento del discurso del desarrollo

35

Grafía

Efrén Piña Rivera

El progreso y el surgimiento del discurso del desarrollo



El mundo moderno se ha caracterizado por el auge de un tipo de racionalidad específico, la racionalidad técnico - instrumental, que ha prometido el desarrollo de las potencialidades del hombre y ha querido garantizar el progreso de la humanidad a todos los niveles. Ante la pérdida de sentido de antiguos referentes que asignen los criterios de verdad, que definan los límites de la justicia y determinen los valores estéticos, el hombre occidental inicia una carrera hacia la construcción de nuevos paradigmas, en el *mundo del más acá*, que reemplacen el vacío dejado ante el *desencantamiento* del mundo.

Para Max Weber un elemento fundamental de la modernidad es la separación de la razón sustantiva, expresada en la religión y la metafísica, en tres esferas autónomas: **ciencia, moralidad y arte**, que se diferencian porque las visiones del mundo unificadas por la religión se escinden.

El esplendor de la cosmovisión metafísica se detiene en aquel mundo medieval en el que un artista anónimo, instrumento de la divinidad, plasma en sus mosaicos los iconos cristianos y consigna en ellos la verdad última, la justicia y la belleza en su máxima expresión. Esa razón sustantiva está enmarcada por los elementos de la fe y en ella se diluye el sentido del hombre en el mundo.

La ciencia se constituye, desde los inicios de la modernidad, en el vehículo eficaz para liberar a la humanidad del yugo de la Providencia, de su temor a las fuerzas sobrenaturales, señalando que mediante la razón puede conjurarlas y hacerse dueña de su propio destino. ...

¹ Naredo, José Manuel (1987). *La economía en evolución. Historia y perspectivas de las categorías básicas del pensamiento económico. Siglo XXI*, Madrid, pág. 13.

² Desde el siglo XVIII, los problemas heredados de los viejas visiones del mundo se organizan según aspectos específicos de validez, verdad, derecho normativo, autenticidad y belleza. Ello significa que, desde entonces, pueden ser tratados como problemas de conocimiento, de justicia y moral o de gusto. A su vez permite la institucionalización del discurso científico, las teorías morales, la jurisprudencia y la producción y la crítica de arte. Cada dominio de la cultura corresponde a profesiones culturales, que enfocan los problemas con perspectiva de especialistas. Este tratamiento profesional de la tradición cultural trae a primer plano las estructuras intrínsecas de cada una de las tres dimensiones de la cultura. Aparecen, en términos de Habermas, las estructuras de la racionalidad cognitivo-instrumental, de la moral-práctica y de la estético-expresiva, cada una de ellas sometida al control de expertos, los cuales parecen ser más receptivos hacia esas lógicas particulares que el resto de los hombres.

³ Ver: Bury, John (1971). *La idea del progreso*, Alianza, Madrid.

⁴ Bury, John (1971). *Op. Cit.*, pág. 68.

⁵ Bernal, John D. (1979). *Historia social de la ciencia (1964)*, Tomo I. Península, Barcelona, págs. 375-376.

⁶ Mumford, Lewis (1971). *Técnica y civilización (1934)*, Alianza, Madrid, pág. 201.

dueña de su propio destino. Ello significa, sin embargo, la aparición de más sutiles ataduras que someten a los individuos, a la par que se hacen efectivos los propósitos liberadores, siguiendo el camino trazado por la pretensión de racionalidad.

La cosmología propuesta por Copérnico en los albores del siglo XVI, si bien permite observaciones y explicaciones que se consideran más precisas y certeras acerca de los fenómenos celestes, también entrega una visión del mundo que resulta menos confortable que la ptolemaica. "El hombre aparecía despojado de la antigua situación privilegiada que creía gozar con anterioridad, viendo desplazada su morada del centro del universo a uno de los más pequeños planetas de uno de los innumerables mundos solares. El antiguo antropocentrismo se deshacía sin que el nuevo esquema cósmico aportara en sí otros aspectos psicológicamente reconfortantes"¹. Ante la nueva situación del individuo, su condición de pequeñez y fragilidad, emerge un **nuevo antropocentrismo** que le eleva con altivez y le lleva a desdeñar el entorno material en que se desenvuelve. Las posibilidades de control del medio físico, a través de la ciencia, restablecen al **hombre** su posición preferente respecto al contexto natural, sin importar el mapa cósmico en que se vea envuelto. Sigue siendo el centro del universo, en tanto que la naturaleza sea sometida a su voluntad. La razón, la ciencia, la técnica, el trabajo, conforman las palancas para mover el mundo a su antojo.

El proyecto de la modernidad formulado por los filósofos del iluminismo en el siglo XVIII se basa en el desarrollo de esa ciencia objetiva, al lado de una moral universal, una ley y un arte autónomos y

regulados por lógicas propias². Al mismo tiempo, este proyecto intenta liberar el potencial cognitivo de cada una de estas esferas de toda forma esotérica. Los iluministas, desean, pues, emplear esta acumulación de cultura especializada en el enriquecimiento de la vida diaria, es decir, en la organización racional de la cotidianidad. Ellos mantienen la esperanza de que las artes y las ciencias van a promover, no sólo el control de las fuerzas naturales sino también, la comprensión del mundo y del individuo, el progreso moral, la justicia de las instituciones y la felicidad de los hombres.

El imaginario de los intelectuales del siglo XVIII eleva, de esta manera, una prefigurada noción del progreso a la categoría de doctrina cardinal. Los defensores de ella consideran su propia época como la cima natural del ascenso de la humanidad: el auge de la razón la había desenterrado del fango de la superstición, de la ignorancia y del salvajismo, ennobleciéndola con la educación, el conocimiento y transformándola, en últimas, en una humanidad ilustrada.

La confianza en la ciencia y aquel nuevo antropocentrismo constituyen el ambiente propicio para la generalización de la idea del progreso, según la cual la humanidad se había movido, se estaba moviendo y se movería siempre por el camino deseable de un ascenso indefinido³. La ciencia constituye el motor que permite la aproximación a una verdad absoluta donde se desarrollan al máximo las posibilidades humanas y se garantiza su prosperidad: "cuanto más modernos, más avanzados".

El triunfo de tal convicción es el resultado de una larga pugna frente a la veneración de lo antiguo, es decir, las idealizadas culturas griega y romana: "Mientras los hombres sostuviesen que griegos y romanos habían alcanzado, en los mejores días de su civilización, un nivel intelectual que la posteridad no podría soñar con alcanzar; mientras que la autoridad de sus pensadores se diese por sentada, sólo podría ocupar el primer plano una teoría de la degeneración que excluía una teoría del progreso"⁴. El enfrentamiento entre antiguos y modernos se resuelve, pues, en favor de los segundos, "los hombres del siglo XVII se creyeron superiores no solamente a sus predecesores del Renacimiento y a los bárbaros de la Edad Media, sino incluso a los casi legendarios griegos y romanos. El hombre moderno, se decía, podía no ser más sabio o más bueno que el antiguo, pero era sin duda más ingenioso y podía llegar a hacer cosas que aquél nunca llegó a soñar"⁵.

Bien puede afirmarse que tal pugna sobre el sentido del devenir del hombre y la mujer en el mundo, sobre la meta hacia la que se dirige la humanidad, conlleva en su esencia una discusión sustantiva en torno al sentido del tiempo. El triunfo de una noción de progreso está íntimamente ligado a la victoria de una concepción lineal y progresiva del tiempo; para el hombre de los siglos XVII y XVIII, la concepción de un tiempo hacia adelante resalta una perspectiva prometedora hacia un futuro que asegura la felicidad de la especie humana, el dominio absoluto de todas fuerzas naturales otrora hostiles y la creación de aparatos y máquinas que facilitan tal empresa.

En el fondo de toda esta confianza entregada al progreso, por la evidencia de sus virtudes, está el fortalecimiento de un enfoque específico de la modernidad: la promesa de la felicidad que encarna este proceso es identificada con las nociones de *modernización* o el *desarrollo de las fuerzas productivas*. Así, la noción de progreso se relaciona, en lo fundamental, con los logros que se alcanzan a nivel económico. Es tal terreno el llamado a garantizar el avance de una sociedad: sólo mediante la producción incrementada y el fortalecimiento y el control del mercado, se hace transitable el camino del hombre en pos de la felicidad. La lucha por el mercado es el principal estímulo para el desarrollo de los perfeccionamientos mecánicos. Las nuevas invenciones están al servicio de nuevos deseos y hacen consciente a la sociedad de sus nuevas necesidades.

La transfiguración del espacio físico es, además, la verificación palpable de dicha dinámica: el avance vertiginoso del desarrollo técnico e industrial ha

reformado el ambiente vital del hombre moderno. "Por la naturaleza del progreso, el mundo por siempre y siempre continuaría en la misma dirección, haciéndose más humano, más confortable, más pacífico, más fácil de recorrer y, por sobre todo, más rico [...] Con el rápido perfeccionamiento de las máquinas, la incierta doctrina del siglo XVIII recibió una nueva confirmación en el siglo XIX. Resultaron evidentes las leyes del progreso"⁷. Otro argumento incontrovertible se ofrece cuando se comprende que la superioridad militar y económica de Europa sobre antiguas civilizaciones como la India, el Islam o China, se debe a sus conquistas técnicas y, de allí se concluye que, el mejoramiento de dicha técnica exige la aplicación y el desarrollo continuado de la ciencia.

En este largo proceso poco a poco se consolida el discurso científico como un *nuevo evangelio* que rinde culto a la diosa Razón. "Las decisiones científicas -dice Saint-Simon- son las únicas que pueden originar una creencia universal". Los fundadores de las ciencias sociales se elevan al rango de apóstoles y profetas de la nueva fe: El discípulo de Saint-Simon, Augusto Comte, al señalar el proceso de desarrollo de la humanidad como la superación de estadios provisionales o transitorios, en la búsqueda del *régimen definitivo de la razón humana* del estado positivo, sienta las bases de una nueva religión para la humanidad que encuentra en las nociones de *orden y progreso* la señal del destino de los hombres. El mismo Comte se eleva durante buena parte del siglo XIX, a la categoría de *el más alto sacerdote de la religión de la humanidad*⁸.

En el pensamiento de Comte se percibe una doble intención: la fundamentación de una religión secular que oriente el devenir del hombre en su historia, construyéndole en pos de continuar sin tropiezos su camino hacia niveles superiores dentro de lo positivo y, el descubrimiento y atención a las leyes que muestran la "necesaria cadena de transformaciones sucesivas por las cuales la raza humana, desde una condición apenas superior a la de una sociedad de antropoides, se ha elevado gradualmente hasta el presente estadio de la civilización europea". Las diferencias culturales son representadas aquí como asincronías, o grados de desarrollo diferentes dentro de la única línea progresiva. En todas las series de formas sociales o culturales se insiste en que el proceso se asemeja a un crecimiento, donde el *tiempo* puede variar pero la sucesión es fija y necesaria; el cambio es entonces algo natural y previsible⁹.

⁷ "Augusto Comte es y quiere ser fundador de una religión. Cree que la religión de nuestra época puede y debe tener inspiración positiva. Ya no puede ser la religión del pasado, pues esta supone un modo de pensar superado. El hombre de espíritu científico ya no puede pensar, piensa Comte, en la revelación, el capotazo de la Iglesia o la ciudad, de acuerdo con la concepción tradicional. Pero, por otra parte, la religión corresponde a una necesidad permanente en el hombre. El hombre necesita de la religión porque necesita amar algo que lo supere. Las sociedades necesitan de la religión porque requieren un poder espiritual, que consagre y modere el poder temporal y recuerde a los hombres que la jerarquía de sus cualidades nada es al lado de la jerarquía de sus méritos. Sólo una religión puede poner en su lugar a la jerarquía técnica de las cualidades, y superponerle una jerarquía, quizás contraria, de los méritos" Aron, Raymond (1970). *Los etapas del pensamiento sociológico*. Tomo I, Ediciones Siglo XXI, Buenos Aires, pág. 153.

⁸ Para algunos intérpretes de finales del siglo XIX, como Lester Ward, alineados dentro de tal noción del progreso y el evolucionismo social se reconoce el carácter inevitable de tal dinámica del hombre en el mundo, y además se llama la atención sobre la necesidad o conveniencia de que los seres humanos interviengan en él, mediante la acción política basada en el conocimiento positivo (*telesis social*). Ver: Timasheff, Nicholas (1961). *La teoría sociológica. Su naturaleza y desarrollo* (1955). Fondo de Cultura Económica, Bogotá, págs. 101-109.

Pues bien, la noción moderna de progreso aparece en Occidente con la sociedad burguesa, constituyéndose en uno de sus fundamentos claros, empieza a ganar espacio con el empuje del espíritu moderno adoptando en su esencia elementos básicos que en la Edad Media fueran privilegio de las visiones mágicas del mundo. Gracias a las grandes revoluciones científicas, técnicas y económicas, tal noción se consolida a lo largo de los siglos XVI y XVII, hasta ocupar un lugar preeminente, con su carácter doctrinal, durante el siglo XVIII y principalmente el XIX, apoyada por los planteamientos filosóficos de la Ilustración, la conformación y consolidación de los estados nacionales europeos y americanos. La gran revolución industrial operada, primero en Inglaterra y luego en los principales centros de desarrollo de todo Occidente, se alimenta y se deja impulsar por la promesa que del progreso se desprende.

Robert Nisbet sintetiza en cinco premisas los fundamentos sobre los que se erige la idea del progreso: a) la fe en el valor del pasado; b) la convicción de que la civilización occidental es noble y superior a las otras; c) la aceptación del valor del crecimiento económico y los adelantos científicos; d) la fe en la razón y el conocimiento científico y erudito que nace de esta; y por fin, e) la fe en la importancia intrínseca, en el valor indiscutible de la vida en el universo⁹.

La doctrina del progreso impulsa su propio ímpetu evangelizador en todos los rincones del mundo descubierto, justifica el etnocentrismo del empuje colonizador de ingleses, franceses y holandeses, convencidos de la necesaria preponderancia de la cultura europea sobre otras, atrasadas y salvajes. El

progreso, había planteado Condorcet, puede unir a todos los hombres de manera aún más sólida que la antigua fe religiosa en el camino perceptible de la humanidad hacia la perfección.

El declive del progreso y el ascenso del desarrollo

Para la sociedad europea del siglo XIX, la idea del progreso es la expresión definitiva de una visión del futuro de la que depende ahora la cohesión social, uniendo a los hombres con una fuerza comparable a la de la antigua fe religiosa tras la pretendida perfección del mundo.

El largo proceso de surgimiento y exaltación de las nuevas fuerzas sociales y la mentalidad burguesa deja tras de sí la desintegración de una forma de vida en todo el espectro social: la inestabilidad reinante, tras las revoluciones burguesas, y las contradicciones crecientes en su seno, son atenuadas por la esperanza del progreso. Ella constituye "la célula madre de un tejido ideológico que servirá de vínculo entre grupos sociales antagónicos" y permite esclarecer una novedosa imagen del mundo en términos de una solidaridad social que integra las expectativas de los más diversos sectores sociales en una meta común. Se incentiva la acumulación como fuente del prestigio personal, se sustenta una nueva cosmovisión que toma distancia del mandato de los dioses, recibido en el pasado, y se actúa con las expectativas colocadas en el futuro.

Su legitimidad ante los distintos grupos sociales sólo se puede alcanzar a través de la promesa de la abundancia para todos, o por lo menos para quienes acojan el nuevo rumbo trazado por los ideales burgueses. Y para ello se cuenta con las garantías ofrecidas por la revolución científica y tecnológica: "[La noción de progreso] está ligada directamente a la aplicación de la ciencia a las actividades productivas, a la incorporación de nuevas técnicas y métodos y, en general, a la modernización de las instituciones sociales y de las formas de vida. El auge del capitalismo en el siglo XIX estuvo estrechamente vinculado a este tipo de fenómenos; tanto es así que la innovación técnica se concebía como la fuerza motriz del capitalismo y como un fenómeno inherente a la mecánica de ese sistema. Permitía, por lo tanto, que en el plano teórico, los economistas neoclásicos se despreocuparan de las leyes de la dinámica del sistema, y concentraran su atención sobre el comportamiento de las

⁹ Ver Nisbet, Robert (1981). *Historia de la idea del progreso* (1980). Gedisa, Barcelona.

unidades económicas individuales, y en el papel que correspondía a los mercados y al sistema de precios como instrumento de asignación de los recursos productivos y de las remuneraciones a los factores productivos"¹⁰.

La imposición de los criterios económicos de las escuelas clásica y neoclásica en torno a la organización de la producción, que contempla la transformación de la tierra y de la fuerza de trabajo del hombre en **elementos de la producción**, sometidos a las leyes del mercado, conduce al prevalecimiento de la racionalidad instrumental y abre la puerta al desenvolvimiento eficaz de las fuerzas productivas.

Para la generalidad de los ilustrados del siglo XVIII y XIX es una verdadera ignominia -una herejía- desconfiar del progreso. El rumbo histórico que ha tomado la humanidad no puede dirigirse en un sentido distinto al de la felicidad de la especie humana.

Sin embargo tal optimismo en torno al camino emprendido por Occidente, ignora el conflicto social que implican las grandes revoluciones económicas del mundo moderno. Y por ello, desde distintas perspectivas, empiezan a aflorar lecturas críticas antes ocultas o silenciadas que cuestionan la dinámica que había tomado el proceso de organización industrial del mundo moderno.

Los altos costos sociales que depara el despliegue del potencial tecnológico, en la búsqueda de prosperidad para los sectores dominantes burgueses, para finales del siglo XIX y a lo largo de la primera mitad del XX, se reconocen con bastante fuerza por parte de reconocidos intelectuales filósofos, historiadores,

etc., al punto que algunos sugirieron, como O. Spengler, la decadencia misma de Occidente. Siguiendo a Nisbet, son muchos los que desde las más diversas perspectivas y con diferentes argumentos cuestionan la fe en el progreso, distintas a las tesis recurrentes de las perspectivas conservadoras. Basta mencionar desde A. Tocqueville (autor visionario de la primera mitad del siglo XIX), C. Marx, J. Burckhardt, A. Schopenhauer, F. Nietzsche, S. Kierkegaard, M. Weber, M. Nordau, G. Sorel, T.S. Elliot, J. Joyce, etc.¹¹

Es con el avance del siglo XX que se confirma la crisis de la doctrina del progreso, ya no sólo por las consecuencias de tipo social que ha desencadenado la última revolución industrial para gran parte de la población (mantenida en la oscuridad de los sótanos del gran edificio de la civilización moderna), sino por el peligro que la racionalidad instrumental implica para la especie humana. Los grandes avances tecnológicos y el desarrollo de la ciencia moderna representan la negación de la promesa del progreso: "Si se comparaba la destrucción causada por cien años de la guerra más mortífera de la Edad Media con la provocada por sólo cuatro años durante la [Primera] Guerra Mundial, precisamente por culpa de aquellos grandes instrumentos de progreso tecnológico como la artillería moderna, los tanques de acero, los gases tóxicos, los lanzabombas y los lanzallamas, el ácido pírico y el T.N.T., el resultado es un auténtico retroceso"¹². De esta manera, para mediados del presente siglo, el curso histórico que ha tomado la humanidad deja sin mucho piso la certidumbre esbozada en los siglos inmediatamente anteriores sobre el inequívoco y necesario camino hacia la felicidad, pregonada por la idea del progreso.

Autores como Marcuse, Horkheimer y Adorno afirman que el desarrollo de las lógicas autónomas de las esferas científica, ética y estética no se ha dado de forma paralela y complementaria, de tal manera que permitiera la coexistencia de cada una de las dinámicas.

Lo que ha ocurrido, de manera evidente, es la imposición de la racionalidad técnico - instrumental sobre otros tipos de racionalidad. La necesidad en que se ve el hombre de dominar racionalmente las fuerzas naturales que le amenazan desde fuera, ha puesto a los sujetos en la vía de un proceso de formación que incrementa hasta el infinito las fuerzas productivas de la naturaleza en pos de su autoconservación.

¹⁰ Surikael, Osvaldo y Pedro Piza (1978). *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo* (1970). L.P.E.S. Siglo XXI. Bogotá, pág. 24.

¹¹ Una breve reseña al respecto se encuentra en su capítulo sobre "El progreso acorralado" (Ver: Nisbet, R. Op. Cit.).

¹² Mumford, Lewis. Op. Cit., pág. 202. Más adelante plantea: "La vida se juzgaba por la extensión con que servía al progreso, el progreso no se juzgaba por la extensión con que servía a la vida. La última posibilidad hubiera sido fatal admisión: hubiera transportado el problema del plano cósmico al plano humano". Mumford, L. Op. Cit. citada, pág. 207.

El proceso de ilustración, desde sus mismos comienzos se debe al impulso de esa autoconservación que mutila la razón porque sólo se sirve de ésta en forma de una **dominación racional con arreglo a fines** de la naturaleza y de los impulsos, es decir, sólo se sirve de ésta como razón instrumental.

La ciencia moderna, para Adorno y Horkheimer, se desenvuelve a través del derrotero trazado por el positivismo lógico y allí es donde cobra conciencia de su hacer: Renuncia a la pretensión de un conocimiento teórico y la sustituye por la de utilidad técnica. Las ciencias han sido absorbidas, para estos autores, por la razón instrumental: "En el camino hacia la ciencia moderna los hombres renuncian al sentido. Sustituyen el concepto por la fórmula, la causa por la regla y la probabilidad"¹³.

Las esferas ética y estética han sucumbido frente al ímpetu de la racionalidad instrumental. La razón ha sido desterrada de la moral y del derecho, porque con la destrucción de las imágenes religioso-metafísicas del mundo habrían perdido su crédito todos los criterios normativos ante la autoridad de la ciencia, que es la única reconocida. El arte, por su parte, ha quedado vaciado de todos sus contenidos críticos y utópicos, viendo paralizadas sus fuerzas innovadoras. Entre las consecuencias del rumbo que ha tomado el discurso iluminista, con el desarrollo de la economía capitalista, el Estado moderno y la cultura de masas, la razón se ha vuelto contra sí misma traicionando los supuestos que motivaban su exaltación.¹⁴

Marcuse ha dicho que la moderna técnica se ha convertido en dominio sobre la naturaleza y, a través de éste, en

dominio sobre otros hombres. Este propósito de dominio metódico, científico, calculado, pertenece a la forma misma de la razón técnica y se manifiesta en el sometimiento de los individuos y del conocimiento mismo al aparato de producción y distribución.

La racionalidad tecnológica desplaza una forma de dependencia (aquella del siervo y el amo) por otra, respecto al orden objetivo de las cosas, leyes económicas, el mercado, el aparato de producción, etc. Esta racionalidad, escudándose en los beneficios prometidos por la tecnología, legitima un poder político expansivo que absorbe todas las áreas de la cultura¹⁵.

Lo interesante es que tal escenario es el mismo en el que emerge y se consolidan los discursos en torno al desarrollo.

Es en la segunda posguerra después del crudo balance de las primeras décadas del siglo XX¹⁶, cuando entra en escena en los debates académicos y en los discursos políticos internacionales la noción de desarrollo, específicamente en la tarea de reconstrucción de la economía mundial una vez terminada la guerra.

Contexto del surgimiento del discurso del desarrollo en América Latina

Elementos del progreso y la modernización política, económica y social se encuentran presentes en el devenir histórico de países que no habían sido protagonistas directos de los procesos específicos de la modernidad europea. Sin duda el impulso colonizador europeo de los siglos anteriores, había universalizado los valores de la pujante civilización industrial, aunque, para el caso de las colonias, se hace en condiciones específicas de dependencia o en el contexto de periferias, o satélites de los centros modernos. Naciones y etnias de Asia, África y América incorporan por diferentes vías los ideales del progreso, el avance científico y tecnológico, la democracia y el crecimiento económico, como aspectos esenciales de su búsqueda de independencia y autonomía durante los siglos XIX y XX.

En el siglo XIX el mundo occidental encuentra el pleno apogeo de la civilización industrial, cuya expansión planetaria demuestra que el conjunto de técnicas (y de formas de comportamiento requeridas por la acomodación de estas técnicas) era compatible

¹³ Horkheimer, Max y Theodor Adorno (1994). *Dialéctica de la Ilustración*. Editorial Trotta, Madrid, pág. 61.

¹⁴ Ver: M. Horkheimer y T. Adorno. *Op. Cit.*

¹⁵ Ver: Marcuse, Herbert (1986). *El hombre unidimensional*. Orbis, Barcelona.

¹⁶ La primera guerra mundial, entre 1914 y 1918, la década de 1920, caracterizada por el desempleo, la inflación y desajustes económicos muy graves en la economía internacional, principalmente en Europa, y por el auge excepcional de la economía norteamericana; la década de 1930, signada por la gran depresión y la consolidación de los regímenes totalitarios en Europa; y la de 1940, por la segunda guerra mundial.

con formas de organización social distintas a las surgidas de la revolución burguesa. De acuerdo a Furtado, la experiencia histórica ha demostrado que son las sociedades de corte menos igualitario, las que más rápidamente asimilan -o lo hacen con menos desplazamientos en sus estructuras sociales- la energía de la civilización industrial.

Por ello, las expectativas de alcance del progreso se asocian de manera directa con el establecimiento del modelo de vida europeo y norteamericano, como paradigma que define las esperanzas futuras de aquellas naciones no europeas, aunque en su interior reproduzcan, cada una de manera muy particular, elementos de sus propias formaciones sociales.

El concepto de progreso constituye en sí un hilo conductor para la determinación del problema del desarrollo, pero este se ajusta a una realidad histórica y una visión cultural concretas de Occidente. Tal como la idea del progreso se transformó en el pivote ideológico que permite fomentar la conciencia de la interdependencia en grupos y clases con intereses antagónicos, en momentos en que la revolución burguesa destruye las bases tradicionales de legitimación del poder, la idea del desarrollo sirve ideológicamente, a mediados del siglo XX, para afianzar un sentido de solidaridad internacional en el proceso de universalización de la civilización industrial en el contexto de relaciones asimétricas entre países centrales y dependientes. Con la singular incorporación de los países atrasados a un orden económico capitalista, con una división internacional del trabajo que define el rol de exportadores de productos primarios a aquellos países, con el acceso consiguiente a los valores materiales de esta civilización, se impone la

doctrina de que el camino más corto hacia el enriquecimiento de una región o país era aquella especialización internacional como la forma más racional de salir al paso a las condiciones de atraso y avanzar hacia la línea frontal de las naciones civilizadas¹⁷.

Desde los comienzos de este siglo, sobre todo desde los años treinta, América Latina empieza a registrar grandes modificaciones económicas. Se ven multiplicadas cifras del PIB y del ingreso; se aprecia una ampliación sustancial de las magnitudes de participación en el comercio exterior (aunque haya continuado perdiendo los niveles de participación relativa en el intercambio mundial); se observa el nacimiento de nuevas actividades industriales y cambia significativamente la composición de la producción y el empleo, disminuyendo la importancia de la población rural, ya que los pobladores del agro pasan a formar parte de sociedades, desde entonces, predominantemente urbanas; se asimilan en los más diversos ámbitos los símbolos de la modernidad en la producción y, más aún, en la cultura, en las formas de vida, pero de una manera particular y selectiva, generando -o incentivando- los consiguientes conflictos sociales y políticos que actualmente siguen predominando en la dinámica de transformación de las sociedades latinoamericanas.



¹⁷ Furtado, Celso (1982). "De la ideología del progreso a la ideología del desarrollo" en: Furtado, Celso. *Obras escogidas. Antología del pensamiento económico y social de América Latina*, vol. 5. Plaza y Janés, Bogotá.

Con la creación de las Naciones Unidas, surge como tarea primordial la reconstrucción y solución de los problemas inmediatos de abastecimiento de los países devastados por la guerra, así como la revitalización del sistema económico internacional. La situación económica de los países latinoamericanos, que constituyen un componente importante de la nueva organización internacional, ha quedado profundamente afectada por la eventualidad del conflicto bélico: "de un lado, las importaciones de bienes de capital y de materias primas estratégicas tuvieron que limitarse seriamente debido a la reorientación de la actividad industrial en los países centrales hacia la producción bélica; de otro, los precios de los productos de exportación de los países latinoamericanos fueron mantenidos a niveles bajos para facilitar el esfuerzo de la producción bélica y evitar presiones inflacionarias en las potencias aliadas. Además, los países latinoamericanos habían sufrido intensamente, hacía pocos años, los efectos de la gran depresión"¹⁸.

La presión de los delegados de la región iba en el sentido de exigir la injerencia directa de la ONU en el planteamiento de tareas hacia la estimulación de la economía latinoamericana. En la resolución de la Tercera Conferencia de los Estados Americanos miembros de la Organización Internacional del Trabajo (celebrada en México, en 1946) se señala en tal sentido, que "entre los países de América Latina es indispensable, para alcanzar niveles de vida más altos, un mejor equilibrio de las estructuras económicas, el aumento del comercio internacional y, al mismo tiempo, una mayor independencia económica"; se solicita a las Naciones Unidas "el estudio de métodos más eficaces para facilitar el proceso armónico de la industrialización

de los países latinoamericanos, indispensable para su bienestar social"¹⁹. Así se establece en 1948 la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), como mecanismo para atender las ya descuidadas necesidades de acción internacional en la esfera del desarrollo económico latinoamericano.

En los años cincuenta y comienzos de los sesenta se generaliza la situación de estancamiento, herencia de la postguerra, característica de las economías de la región, con su consecuente crisis social. Esto ocasiona el reconocimiento de una coyuntura histórica llena de dificultades para los gobiernos de estos países. Las soluciones planteadas durante el auge de la exportación de productos agrícolas y mineros presentan ahora síntomas de recesión y retroceso lo cual, aunado al nuevo panorama político internacional, invoca la presencia de nuevas e inmediatas alternativas para los centros de poder, tanto a nivel de las naciones dependientes como del epicentro del orden neocolonial.

La crisis socioeconómica enfrentada por América Latina llama la atención del gobierno de los Estados Unidos ante el contexto político internacional: la implantación de un régimen socialista en Cuba y la exacerbación de la guerra fría entre este país norteamericano y la URSS.

La revolución cubana, que "se descubría a sí misma ante los obstáculos puestos a su paso"; y su progresiva alineación dentro del bloque rival del gobierno de Washington, constituye la gran amenaza al orden impuesto por la política norteamericana y ofrece, para grandes sectores sociales latinoamericanos, receptores del ideario de izquierda, la comprobación de la insurrección como alternativa viable para el proceso histórico regional, a pesar de los fuertes embates que tiene que soportar el país caribeño desde entonces.

En la política norteamericana confluye, pues, una doble tendencia en su tratamiento hacia los países al sur del Río Grande: el espíritu contrarrevolucionario de la Doctrina de Seguridad Nacional y el impulso al reformismo latinoamericano de la Alianza para el Progreso, ambas tendencias inspiradas en la doctrina de esa pax monroviense, del panamericanismo en boga con la Organización de los Estados Americanos.

La segunda tendencia, más frágil que la primera -y a la postre sepultada tras la muerte de Kennedy-, encuentra detractores no sólo en los Estados Unidos sino en amplios sectores de los países beneficiarios. Sus planteamientos incluyen la destinación de

¹⁸ Sunkel, O. Paz, P. Op. Cit., pág. 19.

¹⁹ Tomado de Sunkel, O. Paz, P. Op. cit., pág. 20, nota a pie.

grandes partidas presupuestales al impulso de reformas estructurales en pos del crecimiento económico de América Latina, entre ellas: la consumación de reformas agrarias basadas en la tecnificación agrícola y la redistribución de la propiedad; la ejecución de reformas impositivas que aumenten y redistribuyan las cargas fiscales, con el fin de alcanzar una muy publicitada revolución social pacífica. Todo ello con la claro afán de retirar la base social a los movimientos insurgentes y reforzar las formas de dominación del poder norteamericano. La primera tendencia, expresión latinoamericana de la guerra fría, se impone en la práctica y demuestra ser más efectiva a nivel de rápidos resultados: "ya no se trataba de imponer en todos los casos la democracia representativa, sino de contar con aliados seguros, y los golpes militares dejaban por tanto de ser vistos con hostilidad sistemática; con ello la eficacia de los ejércitos latinoamericanos como instrumentos políticos volvía a ser públicamente reconocida. Este reconocimiento era apenas necesario: una sucesión de golpes militares, y unida a la cada vez más abierta sumisión de otros gobiernos aún constitucionales a la tutela militar mostraban hasta qué punto, bajo la égida de la guerra fría, la hegemonía militar volvía a ganar terreno en América Latina"²⁰.

La base académica que sustenta las propuestas reformistas de la Alianza para el Progreso durante los años sesenta y setenta es la misma que sirve de basamento a los teóricos de la CEPAL desde los años cincuenta. Se trata de los aportes teóricos de economistas estadounidenses y latinoamericanos, que entienden el problema del desarrollo en la perspectiva de la modernización como práctica de las ideas orientadas a

estimular las economías regionales con la intención de acelerar el proceso de desarrollo.

Algunas consideraciones sobre el discurso del desarrollo

"Los periodos de expansión acaban generando desequilibrios financieros y monetarios, que derivan en respuestas estabilizadoras que, a su vez, acaban generando elevados costos sociales, lo que induce a nuevos impulsos de expansión"²¹. En medio de este movimiento oscilatorio es que podemos caracterizar, a juicio de Max-Neef, el surgimiento y la confrontación de dos grandes discursos económicos que han cumplido un papel fundamental en esas ideas sobre el desarrollo en América Latina.

Estos discursos han sido nombrados como el desarrollismo y el monetarismo, preámbulo del despliegue neoliberal, que comparten el haber recibido un apoyo decidido por los gobiernos de turno y el haber fracasado en su viabilidad de alcanzar las metas impuestas por los retos del desarrollo.

El enfoque desarrollista emerge liderado por la CEPAL, trazando sus objetivos centrales hacia el estímulo al proceso de industrialización y, con él, hacia el crecimiento económico generalizado. Para comprender más claramente sus planteamientos es necesario abrir un paréntesis en el que se expongan algunos de los fundamentos de las propuestas cepalinas²².

Las tesis surgidas durante los años cincuenta y sesenta, con la tutela intelectual de los economistas de corte neoclásico, desarrollan propuestas con la intención explícita de impulsar formas de crecimiento y modernización del sector agrícola, sin atender a una noción de desarrollo que involucre el cambio en las condiciones sociales de la vida de los campesinos. De manera muy sucinta, a continuación se presentan algunos elementos de las tesis de la modernización de la agricultura, ya que de las críticas a ellas es que surgirán, a partir de los años setenta y hasta el presente, los puntos nodales de una concepción alternativa del desarrollo.

El discurso neoclásico del desarrollo se funda, en sus inicios, en las tesis de Rostow. En *Las etapas del crecimiento económico*, W.W. Rostow plantea un modelo que identifica al desarrollo exclusivamente con la noción de crecimiento económico, esto es, con ciertos niveles del producto...

²⁰ Håpørn Dørga, Tülo (1980) *Historia contemporánea de América Latina*. Alianza Editorial, Madrid, pág.462.

²¹ Max-Neef, Manfred. (1986) *Desarrollo o escasez humana. Una opción para el futuro*. Cepaur- Fundación Dag Hammarskjöld, Estocolmo, pág.11.

²² Es necesario aclarar que para este documento sólo se tiene en cuenta un momento específico de la perspectiva cepalina. El pensamiento de la CEPAL ha sido sensible al proceso histórico latinoamericano y por tanto podrán registrarse distintas fases dentro de sus planteamientos.

es, con ciertos niveles del producto global por habitante o con cierta distribución del ingreso nacional de acuerdo a algunos patrones específicos definidos en las naciones metropolitanas²³. Al respecto afirma Antonio García Nossa: "Lo esencial del modelo rostowiano es que explica el subdesarrollo como un problema de estadios históricos por los que atraviesan, necesariamente, todos los países del mundo -de acuerdo con unas ciertas líneas de evolución-, a la manera positivista comteana- y que define al desarrollo como el simple efecto de unos procesos naturales o de unas políticas convencionales que tienden a elevar los niveles de ahorro, inversión, productividad y producto por habitante, sin cambios profundos y sin necesidad de alterar las relaciones de dominación y dependencia. El desarrollo es, en sí mismo, intrínsecamente, enfocado en sus términos formales, un cambio y un tránsito de un estadio histórico a otro"²⁴.

Igualmente contribuyen a la precisión de los alcances del desarrollo, las concepciones dualistas de la economía y las ciencias sociales que consideran el orden mundial dividido en dos sectores: uno capitalista, moderno o industrial que produce para el mercado (que es elástico al cambio y se comporta de acuerdo a la racionalidad económica de la optimización) y otro atrasado o tradicional (agrícola, que genera producción para la subsistencia y una pequeña parte del excedente para el mercado).

Esta perspectiva toma como modelo la descripción del proceso de desarrollo de los países industrializados y, a partir de allí, diseña las herramientas que buscan abonar el camino en pos del desarrollo para aquellas naciones que no han alcanzado tal nivel. Los países

subdesarrollados son caracterizados, de esta manera, como sociedades con un gran excedente de mano de obra, escasez de capital y tecnología y con una gran parte de la población comprometida en una agricultura improductiva, donde existe gran cantidad de desempleo disfrazado y una alta tasa de crecimiento demográfico.

De acuerdo con los discursos oficiales, el proceso de transición necesario desde esta condición implica el crecimiento autosostenido, cambiando el centro de atención de la economía del sector agrario al sector industrial y buscando la superación de las formas tradicionales del ejercicio agrícola, ya que una economía de autosubsistencia era la principal limitante del desarrollo. La clave del problema está, entonces, en el estímulo a la acumulación en el sector industrial (capitalista) a un ritmo que vaya absorbiendo el trabajo excedente, sin presionar los salarios y amenazar las ganancias.

La principal relación existente entre el sector moderno y el tradicional es ubicada en este modelo en el flujo de fuerza de trabajo desocupada. Ello no quiere decir, sin embargo, que para la tradición neoclásica la agricultura no tenga un papel determinante en el desarrollo. El progreso en el sector agrícola es un prerrequisito, una condición necesaria, para el desarrollo industrial, por el aporte de alimentos, materia prima y fuerza de trabajo. Por ello, la condición para el desarrollo de un país es necesariamente la obtención de un excedente agrícola sostenido.

Por su carácter, las tesis de los neoclásicos, sin embargo, no discuten la naturaleza ni las causas del estancamiento, ni se dedican a desentrañar las singularidades del fenómeno latinoamericano (por ejemplo, no estudian la lentitud con que se presenta la absorción del trabajo excedente por parte del sector industrial en los países subdesarrollados, ni la especificidad del ejercicio productivo en la agricultura, ni las consecuencias que de allí se desprenden). Por otro lado, las teorías y modelos dualistas contruidos entonces, no permiten captar las distintas formas de articulación o subordinación presentes entre los diferentes modos de producción que pudieran coexistir y, "mucho menos las relaciones de clase y los flujos de las relaciones internacionales sobre las relaciones productivas y sociales del campo".

En síntesis, la pretensión de copiar el modelo de desarrollo, reconstruido a partir de la experiencia de los países desarrollados, en los países subdesarrollados aplicando las

²³ "Es posible identificar las sociedades -afirma Walt Whitman Rostow- en sus dimensiones económicas, dentro de una de estas cinco categorías: la sociedad tradicional, las condiciones previas para el impulso inicial, el impulso inicial, la marcha hacia la madurez y la era del gran consumo en masa [...]. He aquí, pues, en forma más impresionista que analítica, las etapas de crecimiento que pueden destacarse una vez que una sociedad tradicional inicia su modernización" Rostow, Walt Whitman (1956). Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista. Fondo de Cultura Económica, México, págs. 16-25. El economista colombiano Antonio García planteará que el modelo rostowiano es el que guía las concepciones cepalinas sobre desarrollo y subdesarrollo, definiendo el pensamiento político de Raúl Prebisch. Ver: García, Antonio (1978). La estructura del atraso en América Latina. Hacia una teoría latinoamericana del desarrollo. El Azeiteo, Buenos Aires.

²⁴ García, A. Otra citada, pág. 29.

mismas conceptualizaciones, fracasa al enfrentarse con unas realidades históricas diferentes, en las cuales sobresale la hegemonía metropolitana sobre los países periféricos.

Entre los analistas de la modernización en América Latina se reconoce el gran fiasco que constituye el primer intento modernizador de los años cincuenta: "el error consistió en equiparar el desarrollo con la recuperación", concluyen, haciendo alusión directa al intento de réplica del proceso de recuperación europea, que durante los años cuarenta promovió el Plan Marshall, y que fracasa en el contexto del proceso de desarrollo económico latinoamericano.

El impulso dado al crecimiento industrial, ante las "expectativas crecientes" durante la década del cincuenta, se enfrenta a la realidad del descuido del sector agropecuario. Cierta auge de los servicios sociales, en salud por ejemplo, genera una explosión demográfica sin precedentes que conlleva, para varias naciones, un grave problema alimentario ante el estancamiento de la producción de alimentos. Una migración del campo a la ciudad demasiado rápida se traduce en barrios miserables llenos de antiguos campesinos desocupados que tampoco pueden obtener trabajo.

De esta manera, la crisis generada por los primeros experimentos desarrollistas necesariamente requiere con urgencia un replanteamiento en sus derroteros. La etapa de desarrollo industrial en los cincuenta produce la definición de un desarrollo agrícola durante la década del sesenta. Es en este momento cuando se plantea la modernización del sector campesino como la meta fundamental del desarrollo. Las "expectativas crecientes"

características de los años cincuenta se transforman de manera rápida en "frustraciones crecientes", ante la incompreensión de un mundo campesino, reticente a los cambios definidos fuera de su contexto, desconfiado de las ventajas de la incorporación de nuevas tecnologías y enfrentado a intereses de sectores económicos que históricamente les ha atacado.

La complejidad del proceso agrícola de estas naciones, por otra parte, hace necesaria la comprensión de pautas que rigen la dinámica económica del campo, distintas de la simple racionalidad optimizante de la lógica capitalista que genera la desarticulación -o formas de articulación muy específicas- del sector agrícola con el resto del sistema económico.

El planteamiento inicial sustenta que con el impulso a la industria, se genera de manera espontánea la dinámica de crecimiento: la expansión del avance técnico a todos los niveles del sistema económico, una mayor equidad en la distribución del ingreso, un mejoramiento generalizado de las condiciones de vida y una mayor autonomía y autodeterminación económica.

La realidad muestra, sin embargo, el incumplimiento de tales expectativas, ante lo cual ganó fuerza la necesidad de configurar e implementar **políticas de desarrollo** que suplieran las insuficiencias constatadas: Cobra mayor protagonismo el Estado, quien debe, ahora, diseñar y aplicar acciones que extiendan de manera efectiva los servicios sociales públicos e introduzcan formas de subsidio para compensar los efectos concentradores que están caracterizando el funcionamiento del sistema. De igual manera, es el Estado el llamado a implementar algunas reformas de tipo estructural que permitan sobrepasar los obstáculos hacia una modernización más amplia; propiciar esquemas de integración económica latinoamericana que faciliten la superación de limitaciones impuestas por unos mercados nacionales estrechos, dando nuevos impulsos al proceso industrializador; y demandar mayor cooperación financiera internacional y mejores condiciones de acceso a mercados para diversificar la composición de sus productos exportables.

La concepción desarrollista estimula, en sus momentos de auge, la conformación de instituciones planificadoras, de fomento a la producción y la industria en el plano nacional, el mejoramiento de los sistemas estadísticos, amén de las experiencias de reformas de tipo estructural y algunos intentos de promoción popular. A pesar de ello, el dinamismo y las expectativas

iniciales se van perdiendo a ...

iniciales se van perdiendo a comienzos de los setenta, dada la desfiguración de su identidad original.

Las políticas sociales compensadoras resultan crecientemente ineficaces ante la reproducción constante de la desigualdad, que se origina en el funcionamiento esencial del sistema. Tal diferenciación social se ve agravada por la marginación de capas cada vez mayores de la población, así como por la multiplicación del desempleo y subempleo de la fuerza del trabajo. El proceso industrializador va perdiendo vigor; se rezaga la agricultura y las economías se transforman de exportadoras en importadoras netas de productos agropecuarios, se dilatan las actividades de servicios, muchas de ellas de dudosa productividad social. La dependencia externa cambia sus formas y agudiza la vulnerabilidad de los sistemas económicos nacionales. Todo ello genera tensiones económicas progresivamente mayores que se manifiestan en tendencias constantes al estancamiento, extrema la polarización social, acentúa pugnas en el plano económico sin resolver los problemas de la condición básica de vida del conjunto de la población. Tampoco sustenta ni estimula la consecución de formas de convivencia democrática.

Si bien el desarrollismo -afirma Max-Neef- fue "una experiencia profundamente movilizadora, generadora de ideas y de corrientes de pensamiento [...] el monetarismo fue fabricante de recetas"²⁵. Aún hoy, la concepción neoliberal se sigue recreando en América Latina con su ímpetu triunfalista, como consecuencia de la profunda crisis del modelo anterior. Sus promotores han querido encontrar en ella, las respuestas a la crisis económica latinoamericana de los años ochenta, pero el restablecimiento del mercado no ha

significado competitividad sino, por el contrario, continúa estimulando una concentración extrema de la propiedad y el ingreso; los procesos de apertura externa no han permitido que se abra algún espacio nuevo, relevante y duradero en la división internacional del trabajo.

A partir de los experimentos neoliberales en América Latina, teniendo en cuenta los diferentes matices asumidos en distintos países, no es ninguna novedad afirmar que se han acentuado las desigualdades sociales y han disminuido drásticamente los niveles de vida y consumo de las capas mayoritarias de la población; el desempleo y el subempleo continúan registrando intensidades sin precedentes; los fenómenos y especulativos se mantienen al orden del día con un signo dominante y; es clara la tendencia de algunos países hacia una notoria desindustrialización.

En síntesis, el llamado experimento neoliberal en Latinoamérica, que actualmente se ha ido tomando como el marco económico estructural para el desarrollo latinoamericano del siglo XXI, ha propiciado la agudización de los desequilibrios y la generación de nuevos obstáculos y tensiones que alejan la posibilidad real del desarrollo. Y la razón de ello es que dicho neoliberalismo a pesar de poder impulsar el crecimiento económico, no es generador de desarrollo.

Sus supuestos de racionalidad económica, en opinión de Max-Neef, son profundamente mecanicistas e inadaptables, por tanto, a las condiciones de países pobres, donde la miseria no puede erradicarse como consecuencia de la liberalización de un mercado del que los pobres se encuentran, de hecho, marginados. El esquema neoliberal en América Latina conlleva la creación de mercados restringidos y oligopólicos, donde los grupos de poder económico no se enfrentan a fuerzas capaces de limitar su comportamiento y donde la actividad económica se orienta con sentido especulativo, lo que deriva en resultados concentradores que son socialmente inaguantables.

Sobre la noción de desarrollo

La noción de desarrollo aparece como heredera de la noción de progreso y de otros conceptos afines, tales como riqueza, evolución, crecimiento. Osvaldo Sunkel ha definido desarrollo como un proceso de transformación de la sociedad

25 Este autor manifiesta de forma emotiva que durante los años cincuenta y sesenta hay una verdadera efervescencia creativa, "los centros de poder del norte contraargumentan, pero, por primera vez, a la defensiva." Max-Neef M. *Obra citada*, pág. 11.

26 Sunkel, Osvaldo (1980). "La interacción entre los estilos de desarrollo y el medio ambiente en la América Latina", en Sunkel, Osvaldo y Nicolás GUIGU, *Estilos de desarrollo y medio ambiente en la América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México.

27 En distintas declaraciones de los organismos internacionales alrededor del problema del desarrollo se han estipulado criterios claramente utópicos a los cuales ni siquiera los países llamados desarrollados se acercan. Por ejemplo, La Declaración sobre el Progreso y el Desarrollo en lo social, aprobada en 1969 por la Asamblea General de la ONU (en su resolución 2542) propone "eliminar todos los males que afligen a la humanidad y proveer todos los servicios que cualquier sector de la humanidad puede requerir dentro del marco de libertad e igualdad de derechos y participación de todos los miembros de la sociedad".



caracterizado por una expansión de su capacidad productiva, la elevación de los promedios de productividad por trabajador y de ingresos por persona, cambios en la estructura de clases, grupos y en la organización social, transformaciones culturales y de valores y cambios en las estructuras políticas, todo lo cual conduce a una elevación de los niveles medios de vida²⁶.

Nótese que en esta definición de desarrollo se pretende presentar el proceso real del fenómeno, del cual no se puede concluir la presencia de una dinámica que favorezca la autonomía nacional o el bienestar generalizado de grandes sectores de la población de un país o una región. De manera evidente se puede constatar que el proceso de desarrollo sí ha estimulado el aumento de la productividad, aunque ello no redunde en la elevación del nivel de vida de una población y, más bien, promueva el mantenimiento y profundización de disparidades entre grupos sociales y el empleo de dicha capacidad productiva en usos contraproducentes o desatinados

para el bienestar humano en general. Esta realidad del proceso de desarrollo está lejos de aproximarse a las innumerables conceptualizaciones sobre él.

Ahora bien, algunas corrientes de pensamiento económico y social comparten la opinión de que sólo puede haber un tipo de desarrollo, como un proceso con ciertas condiciones sociales previas, que atraviesa por etapas previsible, requiere acumulación acelerada de capital e innovación tecnológica y empresarial y conduce a la formación de sociedades y economías nacionales predominantemente urbanas e industriales, con actitudes *modernas* hacia el trabajo y la ciudadanía, capaces de elevar en forma permanente la producción de bienes y servicios y con el tiempo, de satisfacer ampliamente las demandas de consumo de sus miembros²⁷.

Resulta comprensible tal consenso si se tiene en cuenta que las diferentes perspectivas, tienen como fuente común el ideario ilustrado de la modernidad. Por ejemplo, tanto marxistas como liberales con sus respectivas reservas, inscritos ambos dentro de la tradición de pensamiento occidental, han asumido como suyo el ideario del progreso. La idea del desarrollo es compartida también por un sentido común sensible a los ideales de vida defendidos por gobiernos, grupos económicos, políticas partidistas, etc., a través de los más variados instrumentos de difusión cultural: ser desarrollado es, en últimas, ser occidental, o bien, ser moderno.

Desde el enfoque de la CEPAL es posible hablar de algunos puntos centrales sobre los cuales hay un acuerdo en torno a los elementos del desarrollo entre las posiciones derivadas de autores como Marx y Keynes y, desde prácticas económicas que fluctúan entre los extremos de la planificación centralizada, con propiedad estatal de los medios de producción y economías de mercado que limitan la intervención estatal a un mínimo de reglamentación y a inversiones en infraestructura. Ellos, se erigen como los requisitos para el desarrollo de las sociedades denominadas subdesarrolladas²⁸.

1. **Acumulación.** El desarrollo supone altas tasas de inversión de capital para aumentar la futura capacidad de bienes y servicios. En la mayoría de las sociedades nacionales, la acumulación debe provenir sobre todo de recursos internos; para movilizar y asignar estos recursos puede recurrirse al Estado o a particulares que respondan a incentivos económicos.

La Estrategia Internacional de Desarrollo, por su parte, declara que "...los cambios cualitativos y estructurales de la sociedad deben ir a la par del rápido crecimiento económico, y las diferencias existentes -regionales, sectoriales y sociales- deben reducirse substancialmente". La diferencia entre estos planteamientos es que el primero involucra una distinción entre desarrollo económico y desarrollo social mientras que el segundo posee lo que durante los años setenta se llamó un enfoque unificado. La resolución 2681 de la Asamblea General de las Naciones Unidas se refiere a este enfoque unificado para la planificación nacional del enfoque social y el económico. Expresa "la necesidad de incluir en ese criterio elementos destinados a: a) no dejar a ningún sector de la población al margen de los cambios y del progreso, b) efectuar cambios estructurales que favorezcan el desarrollo nacional y activar todos los sectores de la población a fin de asegurar su participación en el proceso de desarrollo, c) procurar la equidad social y, en particular, tratar de lograr una distribución equitativa del ingreso y de la riqueza en la nación" (Wolfe, Marshall (1976b), "Enfoques del desarrollo: ¿De quién y hacia qué?". En Revista de la Cepal, Santiago, primer semestre).

²⁸ Los puntos aquí mencionados siguen directamente los esbozados por Marshall Wolfe. En ellos se resalta de manera clara la asociación directa entre el desarrollo y aspectos específicamente económicos de los problemas nacionales.

2. **Industrialización.** Ningún país puede alcanzar el desarrollo mientras siga siendo predo-minantemente rural y agrícola, si bien la agricultura de ex-portación puede dar lugar a considerables aumentos del ingreso por habitante y posibilitar la acumulación.
3. **Modernización agrícola.** Los regímenes tradicionales de propiedad de la tierra y las relaciones sociales rurales van acompañadas de baja productividad, inmovilización de recursos humanos y falta de respuesta a los estímulos del mercado. Los cambios pueden limitarse a la modernización de los incentivos y de las técnicas productivas, o traducirse en modificaciones revolucionarias de la propiedad y el poder.
4. **Estandarización de la demanda de consumidores.** El desarrollo exige, de manera progresiva, la incorporación de estratos cada vez más amplios hasta vincular a toda la población a un mercado nacional de bienes de consumo. Implica la "recompensa por los sacrificios realizados durante las primeras etapas de acumulación" con una capacidad cada vez mayor de adquirir una gama más amplia de bienes industriales en un marco de producción y consumo ascendentes que se estimulan mutuamente.
5. **Capacidad empresarial.** El desarrollo exige capacidades especiales de reacción ante estímulos económicos y capacidad de organizar la gran producción en la gran escala, de innovar y de asumir riesgos. Esta función pueden realizarla mejor empresarios privados que persiguen fines de lucro, administradores en nombre del Estado y cuya retribución es el poder o la satisfacción de haber contribuido al bien común, o una combinación de ambos.
6. **Difusión tecnológica y científica.** El desarrollo exige innovación técnica constante, basada en la investigación científica. En vista de la superioridad tecnológica de los países ricos sobre los pobres y de su mayor capacidad de investigación, las necesidades de estos últimos pueden satisfacerse a través de una selección juiciosa de tecnologías importadas. Esto requiere **asistencia técnica** proporcionada por **expertos** de países tecnológicamente avanzados.
7. **Educación universal.** El desarrollo exige **recursos humanos** especializados de muchas clases y una población capaz de comprender incentivos modernos y de responder a ellos. Ello implica educación primaria universal y la aplicación de muchos tipos de educación secundaria, técnica y superior.
8. **Provisión de servicios sociales y de seguridad social.** La modernización, la urbanización y los cambios conexos que acompañan el desarrollo exigen una gama cada vez más amplia de servicios públicos y mecanismos de protección que alivien las tensiones sociales y permitan que las personas funcionen como recursos humanos, consumidores y ciudadanos: seguridad social, bienestar social, salud pública, planificación familiar, etc.
9. **Participación cada vez mayor en el comercio mundial.** El desarrollo exige un alto nivel de importaciones para hacer frente a las demandas de industrialización y modernización agrícola; por otra parte, los ingresos crean una demanda de bienes de consumo que no pueden satisfacerse con la sola producción interna. De esta manera las exportaciones deben aumentar permanentemente para pagar las importaciones. La importancia de las exportaciones de manufacturas debe aumentar gradualmente con respecto a las exportaciones de materias primas, si bien el volumen y precio de estas últimas seguirán siendo de crucial importancia.
10. **Aumento de las corrientes financieras de los países «desarrollados» (ricos) a los países «en desarrollo» (pobres).** Los requisitos para el desarrollo antes mencionados

sólo excepcionalmente podrán satisfacerse movilizando sin ayuda externa los recursos internos y a través de divisas provenientes de las exportaciones. El desarrollo de los países pobres exige combinar de alguna manera donaciones financieras, préstamos a bajo interés e inversiones directas procedentes de los países ricos.

Depende de cada perspectiva de análisis el que existan o no requerimientos adicionales para el desarrollo, que van desde la apropiación del poder por parte de una clase capaz de imponer determinados modos de acumulación y producción, hasta la transformación de prácticas familiares. Se supone que en la medida en que las sociedades nacionales se ajusten a estos criterios generales el mundo será más homogéneo y menos conflictivo, más capaz de ofrecer niveles satisfactorios de bienestar para la mayor parte de la población.

Ahora bien, desde el inicio mismo de la discusión en torno al desarrollo, aparece, de manera continua, la polémica en torno a la identificación de tal concepto con el problema específicamente económico. En el contexto de la sociedad moderna es necesaria la asociación entre el desarrollo y el establecimiento de una serie de condiciones de carácter económico que garanticen, tanto la satisfacción de las necesidades de una población específica, como la elevación de su nivel de vida. De

esta manera debe permitir, por un lado, la existencia de suficientes bases infraestructurales que posibiliten el desempeño óptimo de la actividad económica y social y, por otro, la solvencia en recursos que haga factible, no sólo el montaje de un mecanismo productivo sino, su sostenimiento ascendente.

Pero, desde diferentes perspectivas, se han planteado ataques contra la identificación del desarrollo con el crecimiento económico. Entre las distintas posiciones se mezclan comúnmente varios tipos de argumentos: **a)** los costos humanos del proceso de crecimiento económico son demasiado altos; **b)** los resultados son inevitablemente inequitativos, dada la desigualdad, premeditada o no, en la distribución de los bienes obtenidos en dicho proceso; **c)** el tipo de sociedad de consumo a que conduce un modelo de desarrollo inspirado en el ejemplo de vida de los países avanzados, es de difícil correspondencia con las expectativas de una sociedad anhelada y por tanto, el proceso de los países desarrollados es un antecedente indeseable por principio, a pesar de que con él se alivien ciertas inequidades; **d)** las resistencias societales y las incompatibilidades de fondo que obstaculizan o perturban el propio crecimiento económico, a menos que en el modelo de desarrollo se sitúe en el primer plano el cambio de la sociedad; y **e)** las relaciones internacionales que se muestran incompatibles con la esperanza de industrialización acabada de los países ahora atrasados. Críticas en tales sentidos señalan argumentos de orden práctico a los planificadores y dirigentes políticos que mantienen una confianza incuestionada en los ideales del acceso al mundo de los países ricos.

Los diferentes discursos sobre el desarrollo que desde entonces se vienen acumulando consisten, más claramente, en planteamientos normativos que sirven de base al diseño de acciones institucionales de planificadores, tecnócratas y gobernantes de los diferentes países, o en arengas poco precisas que sustentan de manera ideológica el mantenimiento de un estado de cosas, siguiendo la sentencia gatopardesca que sostiene que "es necesario que todo cambie para que todo siga igual". ♦

